

artículos sobre Rusia en los que, además de considerar la propuesta de un sistema liberal de constitución, tenía en cuenta la base social de apoyo que las clases principales y sus condiciones de existencia podrían proporcionar a un gobierno parlamentario. Con respecto a la política alemana, Weber también comentaba explícitamente que sin una burguesía que políticamente tuviera confianza en sí misma, aun las instituciones más libres no serían sino una «mera ilusión»⁹¹. La concepción weberiana del Parlamento se apoyaba, pues, en una teoría de la sociedad. Sin embargo, esta relación era más bien sociológica que filosófica; es decir, en este problema de conseguir el tipo de fundamento necesario para que las instituciones sociales fuesen efectivas, Weber estaba más interesado por el aspecto social de dicho fundamento que por el de que éste hiciese que aquellas fueran legítimas.

La teoría weberiana de la sociedad y su relación con las formas políticas constituyen el problema principal a tratar en los capítulos 6, 7 y 8. Sin embargo, antes de pasar al estudio de este problema, nos parece necesario ocuparnos de un aspecto importante de la teoría política de este autor: sus ideas sobre la nación y su justificación del nacionalismo como principio. Este será el objeto del próximo capítulo.

Concepto weberiano de la nación: el tipo de estado
 racional basado en relaciones
 jurídicas que filiales, no mutuas
 e inasociable que en instituciones sociales
 operativas e impone un interés ve en sus
 actividades sociales que no fundamenta
 el principio de legitimidad

⁹¹ GPS, pág. 442.

NACIONALISMO Y NACION-ESTADO

CAPÍTULO V

Al discutir la justificación weberiana de la democracia parlamentaria decíamos que una de las consideraciones más importantes que aquella incluía era la de fomentar el liderazgo político. Sin embargo, no se trataba simplemente del liderazgo en sí, sino de éste en tanto que relacionado con fines particulares que Weber definía con respecto a la nación. En los escritos de este autor aparece con frecuencia la idea de que las formas de constitución solamente podían ser evaluadas en función de las realizaciones con las que se enfrentaba la sociedad¹. Alemania tenía ya un poder considerable y requería un sistema de gobierno que fuera adecuado a su posición y a las oportunidades que ésta significaba.

Una de las consecuencias del carácter marcadamente instrumental del punto de vista weberiano era que la argumentación de este autor en favor de la democracia tenía validez incluso para la extrema derecha, que no era más partidaria que el propio Weber de los ideales democráticos. Sería absurdo, escribía este autor, desear que Alemania ejerza un rol de gran potencia, rechazando al mismo tiempo la democracia parlamentaria:

¹ «La estructura de un estado debe ser relacionada, exclusivamente, con el mundo actual y con los cometidos político-culturales con los que la nación está concernida.»: GPS, pág. 213; véase también las págs. 296-297 y 427.

Solamente quien considera la política interna desde el punto de vista de su necesidad compatibilidad con nuestras aspiraciones al exterior es un político nacional. Aquel que no desee las consecuencias «democráticas» que esto lleva consigo debe *renunciar* al rol de gran potencia, que hace que éstas sean inevitables².

Las afirmaciones precedentes corresponden evidentemente a unas miras nacionalistas amplias, con respecto a las que debe ser considerada la justificación weberiana de la democracia parlamentaria. En el presente capítulo nos ocuparemos de examinar el carácter de estas miras.

Pocos aspectos de la teoría política de Weber han ocasionado tantas controversias como el problema de sus convicciones nacionalistas. El libro de Wolfgang Mommsen —cuya tesis afirmaba que el nacionalismo era la fuerza motora de la actividad política de Weber y que la democracia parlamentaria era simplemente un medio que servía para proporcionar a la nación el liderazgo que necesitaba— fue acogido hostilmente a su aparición, siendo objeto de controversias. La manera en que tal debate fue desarrollado tendió a tomar la forma de afirmaciones en pro o en contra, en vez de constituir un verdadero intento de elucidar el carácter de las convicciones nacionalistas de Weber. Además, puesto que este autor consideraba que tales convicciones eran, finalmente, un problema de creencias y no podían ser *probadas* con argumentos científicos³, muchos críticos sacaron la conclusión, aunque injustamente, de que el nacionalismo de Weber debía ser considerado como totalmente irracional. Hans Maier defiende de forma extremada la conocida tesis de que, puesto que Weber

² GFS, pág. 282.

³ Pueden consultarse a este respecto GAW, págs. 151-5, y MSS, págs. 54-58, por ejemplo.

había separado la ciencia de los valores, éstos quedaban totalmente excluidos del ámbito racional y debían ser considerados como expresiones emocionales⁴. Raymond Aron, a su vez, calificó de «libre y arbitraria»⁵ la elección weberiana del poder de la nación como valor definitivo. Arthur Mitzman, en cambio, considera que el nacionalismo de Weber es una evidencia surgida de la condición psicopatológica de este autor: su afirmación de la independencia de Alemania con respecto a los poderes ruso y anglosajón constituía «una forma, ideológicamente respetable, de la vieja lucha de los hijos contra el despotismo paterno»⁶.

Todas estas afirmaciones comparten el defecto de no acordar la importancia debida a la función que Weber asignaba a la razón en el ámbito de los valores, puesto que en éste, según dicho autor, existían relaciones recíprocas entre los elementos racionales y los no racionales; el ímpetu de las ideas surgía de la profundidad emocional, pero era controlado por la actividad de la razón. «En la actualidad —escribía Weber en la introducción de sus estudios sobre las religiones mundiales— se acepta corrientemente que el contenido emocional es primario, en tanto que el pensamiento es simplemente su expresión secundaria; este punto de vista está naturalmente justificado en gran parte»⁷. Sin embargo, continuaba exponiendo, las ideas pueden gozar de autonomía propia, especialmente bajo la influencia ejercida por los estratos intelectuales, lo que, a su vez, modifica las emociones y la forma en que son expresadas⁸. El problema del nacionalismo constituía un ejemplo de ello. Weber consideraba que la base emocional de aquél estaba en la psicología de las masas y (de una forma más continua) en los sen-

⁴ Véanse las págs. 33-4.

⁵ O. STAMMER, ed., *op. cit.*, pág. 93.

⁶ A. MITZMAN, *op. cit.*, pág. 147.

⁷ GARS, vol. 1, pág. 258; GM, pág. 286.

⁸ *Ibid.*

timientos de prestigio de los estratos políticos gobernantes. Ambos, psicología y sentimientos, podían ser transformados, bajo la influencia de los grupos intelectuales, en la idea de nación, que a su vez podía modificar la forma y dirección de la expresión del contenido emocional.

El siguiente pasaje de Weber corresponde a su Discurso Inaugural: «La nación-estado se apoya sobre un fundamento cuya base psicológica es común aun a los amplios estratos de las clases económicamente subordinadas y no es en absoluto una 'mera superestructura' creada por las clases que gobiernan económicamente»⁹. En la sección, sin acabar, que se ocupa de la nación en *Economía y Sociedad*, Weber distinguía también en el nacionalismo dos componentes: uno emocional y otro basado en el cálculo con orientación económica; sin embargo, en este pasaje Weber identifica especialmente este componente emocional con los «sentimientos de prestigio» de los estratos políticos: burocracia, ejército, etc.¹⁰ De todas formas, estos sentimientos, bajo la influencia de los estratos responsables de la cultura de la sociedad, podían ser modificados en el sentido de formar una conciencia específicamente «nacional»:

Bajo la influencia de estos grupos, el prestigio patente del «poder» es transformado inevitablemente en otras formas específicas, particularmente en la idea de «nación»¹¹.

Como se verá más adelante, este proceso de conversión de los sentimientos de prestigio en la idea consciente de nación no solamente proporcionaba, según Weber, una justificación al poder del estado, sino que además condicionaba la manera de ejercer este poder y fijaba los límites de su empleo. Este proceso

⁹ GPS, págs. 18-19.

¹⁰ WG, págs. 527-8; ES, págs. 921-2.

¹¹ *Ibid.*

no consistía simplemente en una racionalización de la emoción; servía también para establecer un principio efectivo que condicionaba el uso del poder, al mismo tiempo que limitaba su ejercicio.

Por consiguiente, la mayor parte de los autores que se ocupan del problema del nacionalismo de Weber lo hacen de una forma demasiado simplista. En realidad, el análisis weberiano del nacionalismo, en tanto que fenómeno empírico, resulta sumamente complejo, abarcando factores económicos, políticos, ideológicos y sociales, algunos de los cuales implicaban la sociedad en su totalidad, mientras que otros concernían solamente los grupos particularmente interesados. De la misma forma, las convicciones de Weber con respecto al nacionalismo alemán como valor presentan una gran complejidad. Teniendo en cuenta esto, el presente capítulo se ocupará de estudiar el nacionalismo de Weber bajo diferentes aspectos. Su primera parte será dedicada a mostrar, basándose en sus escritos, tanto académicos como políticos, el concepto de nación según este autor y el tipo de justificación que daba al nacionalismo como principio. Con ello no obtendremos sino una visión resumida o «ideal-típica» del problema. La segunda parte del capítulo tendrá por objeto considerar el nacionalismo de Weber en la práctica, intentando al mismo tiempo comprenderlo en función de los principios que habrán sido esbozados. Finalmente, la pequeña sección incluida en último lugar del capítulo se ocupará de las relaciones existentes entre el nacionalismo de Weber y las divisiones internas en clases, sirviendo con ello de anticipo a los capítulos siguientes.

EL CONCEPTO DE NACIÓN

Según la concepción weberiana, el estado moderno se caracteriza por ser una nación-estado —que posee además una adm-

nistración burocrática y que implica la existencia de masas—. La definición del concepto de nación presenta, sin embargo, notorias dificultades. Weber aporta sus ideas a este respecto en dos lugares diferentes de la parte más antigua de *Economía y Sociedad*, que se complementan con las contribuciones de este autor a las discusiones que sobre el tema tuvieron lugar en la Asociación Alemana de Sociología en 1910 y en 1912.¹²

En estos trabajos Weber consideraba que la nación era un concepto esencialmente político cuya definición solamente podía ser establecida con respecto al estado, aunque no se identificara con él. Una nación es una «comunidad de sentimientos que, no pudiendo hallar su expresión adecuada sino en su propio estado, tiende normalmente a crearlo».¹³ La nación es además un fenómeno subjetivo, es decir, existe cuando el propio pueblo crea en la existencia de ella o, diciéndolo de manera más clara, cuando el pueblo se siente pertenecer a una comunidad que precisa o encuentra su expresión en un estado autónomo. La existencia de una nación significa que «puede esperarse un sentimiento específico de solidaridad de ciertos grupos del pueblo con respecto a otros».¹⁴ Este sentimiento de solidaridad no es ya totalmente subjetivo. Está relacionado con factores objetivos —tales como la pertenencia a una raza o la posesión de un idioma, religión, costumbres o experiencias políticas comunes—, algunos de los cuales pueden promover el sentimiento nacional. Weber insistía, sin embargo, en que ninguno de estos factores era común a todas las naciones.¹⁵ Ni siquiera el tener un idioma

¹² El resumen que se incluye a continuación ha sido elaborado utilizando los pasajes siguientes: WG, págs. 242-4 y 527-30; ES, págs. 395-398 y 921-6; GASS, págs. 456-62 y 484-91. Aunque el primero de estos dos últimos se ocupa de un problema racial, lo tendremos en cuenta por considerarlo interesante para la discusión subsiguiente.

¹³ GASS, pág. 484.

¹⁴ WG, pág. 528; ES, pág. 922.

¹⁵ *Ibid.*

común («Sprachgemeinschaft»), aunque fuese considerado por Weber como la base objetiva más frecuente, era un factor característico de todos los estados, ya que no existía en ciertos casos, como en Suiza, Canadá, etc. En realidad, el hecho de poseer tales factores objetivos no creaba por sí mismo la nación, sino solamente una base de solidaridad de la que, en función de ciertos factores políticos, podría surgir, o no, una conciencia nacional. En este sentido, Weber comentaba que era muy difícil afirmar que China hubiese constituido una nación durante los cien últimos años, aunque a partir de los quince finales los observadores habían empezado a considerar el problema de una forma muy diferente. «Parece, por consiguiente, que un grupo de habitantes, bajo determinadas circunstancias y por medio de conductas específicas, puede lograr la calidad de nación o proponerse conseguir esta reivindicación en un período de tiempo verdaderamente corto».¹⁶

Según lo que precede, pueden ser distinguidos en el concepto de nación tres componentes principales, de cuya existencia depende la de aquella: 1) ciertos factores objetivos, comunes a esta población y que la distinguen de las demás; 2) un sentimiento de solidaridad contra los extranjeros, que debe su origen al hecho de que estos factores comunes son considerados como origen de valores; 3) las instituciones políticas —autónomas y coextensivas a la comunidad o al menos surgidas a la demanda de ésta— por medio de las cuales consigue expresarse dicha solidaridad. La entidad nacional, en la medida en que dependía de un sentimiento de superioridad con respecto a otras, constituía un tipo peculiar de *status* de grupo, que era, según Weber, la única forma de *status* de superioridad que convenía a las masas en general.¹⁷

¹⁶ WG, pág. 529; ES, pág. 924.

¹⁷ WG, pág. 239. En realidad este pasaje de Weber está elaborado con respecto a las comunidades étnicas; pero lo esencial de lo que en él expone puede ser aplicado, de manera análoga, a las naciones.

Weber consideraba que la raza era el menos importante de todos los factores objetivos que podían contribuir a la existencia de una nación. La raza parecía importante a este respecto porque corrientemente se atribuía importancia subjetiva a las diferencias hereditarias observables; pero la validez de esta forma de proceder era dudosa, ya que generalmente las diferencias concernidas eran debidas a las costumbres y a la cultura.¹⁸ Weber, sin embargo, no había pensado siempre de la misma forma. En el Discurso de Friburgo se había referido a las diferencias raciales que existían entre polacos y alemanes, utilizándolas para explicar las diferencias de adaptación a las condiciones sociales y económicas de Prusia Oriental que existían entre estos dos tipos de habitantes.¹⁹ En realidad, este tipo de argumentos raciales es utilizado frecuentemente por este autor en sus primeros escritos; sin embargo, después se hizo cada vez más escéptico a este tipo de razonamientos a causa de la vaguedad e inestabilidad de ellos. La siguiente frase suya, pronunciada en una discusión que sobre este tema tuvo lugar en una de las reuniones de la Asociación Alemana de Sociología, es clara a este respecto: «Con teorías raciales es posible probar o refutar todo lo que se quiera»²⁰.

¹⁸ De aquí que Weber estableciese una distinción entre la «raza», en tanto que categoría antropológica, y la «etnicidad», que consideraba era una categoría cultural o sociológica: WG, págs. 234-6; ES, págs. 385-7.

¹⁹ GPS, págs. 2, 4 y 9.

²⁰ GASS, págs. 389 y sigs. y 456-62; GAW, 167-8. La última vez en que Weber se ocupa de este tema, en la introducción a sus estudios sobre las religiones mundiales, lo hace de forma circunspecta: «El autor admite estar personal y subjetivamente inclinado a atribuir una gran importancia a la herencia biológica. Sin embargo... puesto que por ahora considero que no existe manera de poder verificar, ni aun vagamente y mucho menos de medir, la extensión y, lo que es más importante, el carácter de su influencia...»: GARS, vol. 1, pág. 15; PE, pág. 30. El problema de separar la acción de los factores hereditarios de la de los ambientales ocupó un lugar de gran importancia en sus trabajos sobre la industria: «Zur Psychophysik der industriellen Arbeit».

Weber consideraba, pues, que el origen racial común era el menos importante de los factores objetivos que contribuían a la formación de la conciencia nacional; a este fin, la posesión de un idioma común, en cambio, era juzgada por este autor como uno de los factores que tenían más importancia: sus afirmaciones de que «la comunidad de idioma es actualmente la base normal del estado»²¹ y de que la nación era una «comunidad de idioma y de literatura»²² lo muestran claramente. A este respecto, aunque Weber pensaba que la intensidad adquirida por el nacionalismo contemporáneo, particularmente en su forma de expansión imperialista, era debida en gran parte a los conflictos económicos²³, pensaba también que aquélla era debida además a la democratización de la cultura literaria y a la difusión de ésta entre las masas. «Con la democratización de la cultura —escribía a finales de 1916— se apodera de las masas la creencia en el carácter exclusivo de su comunidad de idioma, con lo que los conflictos nacionales adquirieren necesariamente mayor importancia, ya que están unidos al ideal y a los intereses económicos concernidos por la comunicación de las masas en los lenguajes particulares»²⁴. Los escritos de Weber contienen ejemplos de esta intensificación en los imperios ruso y austriaco. Así, este autor comenta que, después de haberse separado los periódicos polacos y letones existentes, la lucha de idiomas, dirigida por gobiernos compuestos de personas que pertenecían a comunidades de lenguajes diferentes, fue desesperada, porque «las razones de estado son impotentes contra tales fuerzas»²⁵. Por este mismo motivo, Weber criticaba la política llevada a cabo por Prusia con los polacos establecidos en territorio prus-

²¹ WG, pág. 242; ES, pág. 395.

²² GPS, pág. 164.

²³ WG, pág. 526; ES, pág. 919.

²⁴ GPS, pág. 172; la pág. 234 puede ser también consultada a este respecto.

²⁵ GASS, págs. 485-6.

siano, ya que las restricciones impuestas al idioma polaco por dicha política produjeron, al principio, hostilidad en las masas hacia Alemania²⁶. En general, la experiencia mostraba claramente que cuando una comunidad idiomática tenía ya su propia prensa nunca se conseguía triunfar utilizando tales medios, a causa de la intensidad de los sentimientos originados.

Sin embargo, aunque con la democratización de la cultura literaria la influencia ejercida por el idioma sobre los sentimientos nacionales era cada vez mayor, la posesión de un lenguaje común no era primordial en todos los casos²⁷. Aun poseyendo el mismo idioma, una población podía diferenciarse por otros factores que adquiriesen mayor importancia que aquél: tal era el caso de las distinciones religiosas que existían entre irlandeses e ingleses. Pero, por otro lado, existían comunidades que, aun siendo idiomáticamente heterogéneas, estaban integradas en una nación, como ocurría en Suiza, en Canadá—cuya población era en parte francófona—o en Francia, de la que formaban parte alsacianos que hablaban alemán. En estos casos, otros factores—como las costumbres, las estructuras sociales, las formas de pensar y los valores—comunes a todas las naciones, adquirirían una importancia primordial con respecto al mantenimiento de la unidad nacional. Los germanófonos de Alsacia estaban ligados a Francia por costumbres y formas de pensar comunes, que derivaban históricamente del hecho de que Francia les había liberado del feudalismo y que estaban simbolizadas, por ejemplo, por los objetos militares de la época revolucionaria expuestos en el museo de Colmar, «modelo de museos de liberadores». Los suizos estaban unidos por una estructura social y una tradición política características que, manteniéndoles conscientemente alejados de las estructuras político-militares de las grandes

potencias, influían en el carácter interno de la comunidad política. La lealtad de los canadienses francófonos a la comunidad inglesa era debida a su antipatía profunda hacia las estructuras sociales y las costumbres de los Estados Unidos, en función de la cual su individualidad propia como pueblo quedaba garantizada por el estado canadiense.

Aunque estos factores comunes—costumbres, tradiciones y estructuras sociales—existían en todas las naciones y adquirían una importancia particular con respecto a la creación de la conciencia nacional en los ejemplos citados, Weber nunca consideró que su importancia para dicho fin fuese tan grande como la de la existencia de un idioma en común. De todas formas, el conjunto de estos factores hacía surgir lo que era corrientemente denominado «Völkgeist» o «Völksscharakter». A pesar de su empleo habitual, Weber sentía recelo por estos términos, de la misma forma que por el concepto de «traza», a causa de la ambigüedad que implicaban. En sus primeros escritos metodológicos Weber criticaba a Roscher, a Knies y en general a los economistas nacionales porque utilizaban la palabra «Volk» como si con ella designaran una entidad metafísica de la que dimanasen todas las propiedades que caracterizaban empíricamente un pueblo, en vez de considerar que el propio «Volk» estaba constituido por estas propiedades. «Este concepto de 'Völkgeist' [espíritu nacional] es considerado... no como resultado de innumerables influencias culturales, sino, por el contrario, como origen del que dimanasen actualmente las manifestaciones características del pueblo»²⁸. Con esto no pretendía desechar la noción de carácter nacional porque careciese de significación, sino simplemente trataba de insistir en que fuera analizada como un complejo de propiedades características, en el que cada una de ellas podía ser definida y explicada históricamente. En este sentido, en su artículo «Iglesia y sectas en

²⁶ GPS, págs. 169 y 174-5.

²⁷ WG y GASS, *ibid.*, han sido utilizados para la exposición siguiente.

²⁸ GAW, págs. 9 y 10; pueden ser consultadas también las págs. 141-2.

Norteamérica», al comparar el *ethos* democrático de Estados Unidos con la mentalidad autoritaria de los alemanes, atribuía estas características no a un «Geist» metafísico, sino, al menos en parte, a las diferencias que en el desarrollo del protestantismo habían existido en estas naciones. En Norteamérica el protestantismo había evolucionado hacia una religión de sectas, cuyo énfasis sobre la «aptitud individual» había influenciado el carácter de su democracia, dando lugar a una «estructura típicamente elástica con cualidades individualistas». En Alemania, por el contrario, el protestantismo había continuado siendo una «iglesia» con una estructura autoritaria que no fortalecía el poder individual, sino el de la jerarquía. «Por esto, cada intento de emancipar los individuos de la autoridad... tenía que enfrentarse con la oposición de las comunidades religiosas»²⁹. Según el punto de vista de Weber, el carácter de un pueblo dependía en cada caso concreto de una multitud de factores históricos del tipo del que acaba de ser indicado.

El concepto que Weber utilizaba más frecuentemente —y que era fundamental— para designar el conjunto de propiedades características que constituían la singularidad de una comunidad nacional era el de «Kultur». Este concepto, como el de «racionalidad», a pesar de ser uno de los que Weber utilizaba con más frecuencia, era también uno de los más difíciles de definir³⁰.

²⁹ J. WINCKELMANN, ed., *Max Weber, Soziologie, Weltgeschichtliche Analysen, Politik*, 4.ª ed. (Stuttgart, 1968), págs. 393-6.

³⁰ A continuación expondré lo que, a mi entender, constituye la mejor forma de interpretar la utilización weberiana de este complicado concepto, aunque en esta exposición ciertos aspectos complejos no sean tenidos en cuenta. De todas formas, la única tentativa de explicar este concepto, en la literatura de que se ocupa Weber, corresponde a EMERICH FRANZIS, «Kultur und Gesellschaft in der Soziologie Max Webers», en ENGELHARDT, PRISNER y WINCKELMANN, eds., *op. cit.*, págs. 89-114. Franzis se interesa sobre todo por el cambio, que aparece en los trabajos científicos de Weber, del concepto de «Kulturwissenschaften» al de «Soziologie», aunque también hace mención, brevemente, a la utilización del concepto que

Weber, en sus escritos metodológicos, utiliza dicho término en un sentido muy amplio que sirve para diferenciar el dominio de la «cultura» del de las ciencias naturales; el dominio de la cultura son los hombres («Kultur, menschen»), en tanto que entes capaces de adoptar una actitud valorativa con respecto al mundo, encontrándole significación³¹. En este sentido, la «Kultur» abarca todo el ámbito de los valores humanos, incluyendo de esta manera todo aquello a lo que los hombres pueden asignar una significación.

El sentido de la palabra «Kultur» que vamos a utilizar es, no obstante, más limitado. Conciérneme los valores *particulares* que distinguen un grupo o una sociedad de otros, es decir, los que constituyen su individualidad («Eigenart»); dichos valores aparecen formulados de manera consciente en el arte o en la literatura de la sociedad correspondiente. Aunque el arte y la literatura son los *vehículos* más propios de esa individualidad, Weber no limita estrictamente el sentido del término «Kultur» a los valores artísticos o literarios, sino que en él están comprendidos todos aquellos —ya se trate de formas, de carácter o de modelos de pensamiento— que son cualitativamente distintos de una sociedad con respecto a las demás y reconocidos como tales por sus miembros. En este sentido, Weber se refiere, por ejemplo, al espíritu prusiano —representado por las consecuciones logradas por la gran reforma prusiana de funcionarios, así como por la literatura de Scharnhorst, Gneisenau, etc.— calificándolo con los términos de «elemento significativo dentro de la cultura alemana»³².

nos ocupa en los escritos políticos de este autor. Entre otras cosas, hace resaltar además que Weber «utilizaba un concepto tradicional de cultura, que era corriente entre la burguesía alemana de orientación ideológica, pero que todavía no había sido analizado científicamente»: *op. cit.*, páginas 95-6.

³¹ GAW, pág. 180 y *passim*.

³² GPS, págs. 269-70.

Weber consideraba, pues, la «Kultur» como un ente que, en el sentido indicado, estaba ligado peculiarmente a las comunidades nacionales. Cada individualidad nacional caracterizaba y definía una «Kultur» de manera distinta. «Toda cultura —escribía Weber— es cultura nacional»³³. En toda comunidad nacional, los estratos intelectuales o «culturales» estaban especial y estrechamente unidos al concepto de nación, ya que ejercían una función que era típica de ellos: la de preservar y expresar dicha individualidad. En el capítulo en que se ocupa de la nación en *Economía y Sociedad*, Weber se refiere a ellos calificándolos de «... estratos privilegiados que se identifican a sí mismos como los genuinos 'participantes' de una 'cultura' particular que es difundida entre los miembros de una comunidad política»³⁴. En un pasaje posterior de esta misma obra la mencionada relación estricta que existe entre el concepto de cultura y la individualidad de una comunidad nacional es puesta de relieve de una manera todavía más explícita:

Corrientemente el significado de «nación» se considera fuertemente unido a la superioridad, o al menos a la irremplazabilidad, de los valores culturales, que solamente pueden ser preservados y desarrollados cultivando la individualidad («Eigenart») de la comunidad. Por tanto, es evidente en sí mismo que los intelectuales... serán unos de los primeros en proponer la idea «nacional»³⁵.

En este mismo pasaje, Weber define los intelectuales como «aquellos que tienen acceso especial a ciertas consecuencias que, a causa de su individualidad distintiva, cuentan en tanto que valores culturales».

³³ GPS, pág. 125.

³⁴ WG, pág. 528; ES, págs. 925-6.

³⁵ WG, pág. 530; ES, pág. 926.

Este concepto de «Kultur», que es tan fundamental en el pensamiento weberiano, encierra dos componentes: uno universal y otro particular. El universal consiste en la asunción de ciertos modelos comunes que, implícitos en una «Kultur», se refieren a realizaciones literarias y artísticas de renombre. Aunque Weber nunca precisó de qué modelos se trataba, es evidente, sin embargo, que consideraba la posesión de una literatura como un mínimo requisito previo a este-respecto. Las comunidades que carecían de ella, aunque poseyesen sus costumbres distintivas, eran «kulturlös» (incultas), o expresándolo de forma más explícita, «Analphabeten» (iliteratas). Las masas seguían siendo «kulturlös» hasta que conseguían participar de los valores culturales difundidos por las élites. «El lenguaje, junto con las creaciones literarias expresadas por su mediación, es el primero y a la vez el único valor cultural completamente accesible a las masas que están intentando participar en la cultura»³⁶.

El otro componente de la «Kultur», el particular, es la individualidad, ya mencionada, que permite distinguir cada comunidad de las demás y que constituye la peculiaridad de su literatura y de su arte. Tanto este componente como el universal forman parte necesariamente del concepto weberiano de «Kultur» e incluso parece claro que este autor los consideraba interrelacionados. La capacidad de una comunidad para desarrollar y mantener conscientemente sus propios valores, cualitativamente diferentes de los de otras comunidades, estaría estrechamente ligada a su capacidad para desarrollar una cultura literaria. Hay un pasaje, en el que Weber se ocupaba de los polacos de Silesia septentrional antes de la guerra, que es significativo en este sentido. En él exponía que dichos polacos «carecían de cultura», tanto por su bajo nivel de educación y de formación literaria como por su incapacidad para desarrollar y encauzar su individualidad en tanto que pueblo, imponiéndola a la comunidad

³⁶ GASS, pág. 485.

política prusiana. «Eran prusianos leales, pero pasivos...; no tenían, al menos la mayoría de ellos, ni conciencia ni necesidad imperiosa alguna de distinguirse o de mantenerse aparte de sus compatriotas que hablaban alemán»³⁷. La situación se transformó a consecuencia de los cambios introducidos en la política prusiana en lo que concernía el problema del idioma y del desarrollo alcanzado por la prensa del grupo polaco. Este logró adquirir—tanto en el aspecto literario como con respecto a su propia identidad en tanto que grupo— un nivel de «Kultur» que le permitió convertirse en una fuerza política que tenía que ser tomada en consideración³⁸.

Este concepto de «Kultur» establece un nexo entre las concepciones weberianas empírica y normativa de la nación. Al nivel empírico la «Kultur» abarcaba conjuntamente las diferencias objetivas de idioma y costumbres y la apreciación subjetiva de su propia idiosincrasia, que constituían ambas la esencia de una nación, en contra de la que las «razones de estado» resultaban a menudo impotentes. Pero al mismo tiempo la «Kultur», según Weber, era un concepto que estaba implicado con los valores. Esto es totalmente evidente en cuanto a que aquélla suponía un mínimo de modelos literarios o artísticos cuya ausencia justificaba que ciertos grupos o pueblos pudieran ser calificados de «incultos». Sin embargo, lo que tiene más importancia es el hecho de que Weber considerase también un valor lo que para este autor era al mismo tiempo un criterio de «Kultur»: la existencia en el grupo como tal de una conciencia de desarrollar sus peculiaridades y su individualidad global. En realidad, esto puede ser considerado como una extensión de la convicción fundamental de este autor con respecto al individualismo al nivel personal, ya que estaba basado en la misma creencia, según la cual la singularidad tenía un valor superior al

³⁷ WG, págs. 234; ES, págs. 396.

³⁸ *Ibid.*; GPS, págs. 174-5; GASS, págs. 486.

de la uniformidad y la capacidad para crear adecuadamente valores distintivos era una de las realizaciones humanas más meritorias. La nación, como vehículo y como integradora de la «Kultur» en este sentido, constituía para Weber un valor supremo.

Teniendo en cuenta lo que precede, es importante hacer resaltar que las convicciones de Weber acerca de la nación estaban basadas en una premisa más universal que la simple fidelidad a los valores específicos de la cultura alemana. Este autor no se limitaba a aceptar la creencia simplista en la superioridad de la cultura alemana sobre todas las demás, ya que, en realidad, rechazaba explícitamente tal opinión, como lo muestra el hecho de que confesase no disponer de criterios objetivos que le permitiesen elegir, por ejemplo, los valores culturales franceses en vez de los alemanes³⁹. Pero lo que resulta aún más significativo a este respecto es su insistencia, frecuente en que los valores culturales de las naciones pequeñas—tales como Suiza, Dinamarca, Holanda o Noruega—tenían tanta importancia como los de las grandes naciones. Esto aparece claramente expuesto en el pasaje que insertamos a continuación:

Sería ingenuo imaginar que un pueblo cuyo número de habitantes o poder son reducidos tiene menos «valor» o «importancia» en el foro de la historia universal [que una «gran» potencia]. Simplemente tiene otros desempeños y, por consiguiente, otras posibilidades culturales... No se trata solamente de las simples virtudes cívicas y de la posibilidad de una democracia real mayor que la que puede lograrse en un estado que sea una gran potencia, sino también de que los valores personales más íntimos y, por ello, eternos solamente pueden florecer en el seno

³⁹ GAW, págs. 588.

de una comunidad que no tenga pretensiones al poder político ⁴⁰.

En este sentido, Weber hubiera podido hablar también favorablemente de las «antiguas» culturas del Este —de las de la India, Birmania o China— que estaban sometidas al yugo colonial; sin embargo, no hubiera hecho lo mismo probablemente con los africanos, que, siendo «kulturos», podían, por tanto, ser colonizados legítimamente ⁴¹. Weber parece mostrarse, en cambio, mucho más chauvinista en otros pasajes, de los que nos ocuparemos más adelante en este capítulo, que en los que han sido examinados hasta ahora. No obstante, esto no implica menos-cabo de sus convicciones con respecto a los valores culturales nacionales como tales, es decir, como principio: su nacionalismo alemán específico aceptaba los límites impuestos por las necesidades de otras naciones y de sus culturas. Esto se apreciaba claramente en la actitud de este autor hacia los polacos durante la guerra mundial, que se expresaba abogando porque las exigencias de seguridad del estado alemán en el Este fueran hechas compatibles con las necesidades de autonomía de la cultura polaca. (De este problema volveremos a ocuparnos más adelante y de forma más extensa.)

La explícita dimensión política de la nación, es decir, la relación existente entre ésta y el estado, será el último aspecto de la teoría general weberiana sobre la nación al que dedicaremos nuestra atención. Según este autor, una comunidad contaba como nación solamente en tanto en cuanto constituía o deseaba constituir su propio estado autónomo, como en el caso de los esfuerzos húngaros, checos o griegos por conseguir el poder político dentro de sus naciones respectivas ⁴². En las condiciones

⁴⁰ GPS, pág. 139; puede consultarse a este respecto la pág. 170 también.

⁴¹ GPS, pág. 170.

⁴² WG, pág. 244; ES, pág. 398.

modernas, este esfuerzo surgía naturalmente del reconocimiento de los valores distintivos de la «Kultur» propia y del deseo de preservarla y de desarrollarla. Frecuentemente las naciones conseguían de este modo llegar a coincidir geográficamente con los estados. Sin embargo, el hecho de que estado y nación coincidiesen no significaba que fuesen idénticos. La nación pertenecía a un tipo de grupos que Weber, siguiendo a Tönnies, denominaba «Gemeinschaften», es decir, grupos basados en el sentimiento de sus miembros de formar parte de una misma comunidad, de compartir un sentimiento de solidaridad. El estado, en cambio, era un ejemplo de «Gesellschaft», de asociación promovida conscientemente para propósitos específicos. La nación pertenecía al dominio de la cultura; el estado, al del poder. La concepción weberiana de la nación-estado estaba esencialmente en la afirmación de que, aunque nación y estado formaban parte de categorías diferentes, estaban relacionados recíprocamente. El estado podía sobrevivir solamente sirviéndose de los sentimientos de solidaridad de la comunidad nacional para fundamentar su poder. La nación no podía preservar su identidad distintiva, su «Kultur», sino en función del apoyo recibido del poder estatal. Vamos a intentar a continuación elucidar brevemente ambos aspectos.

En el estado moderno, según Weber, los sentimientos de solidaridad nacional eran fundamentales, porque lo que un estado, sobre todo en período de guerra, pudiese llevar a cabo utilizando solamente el poder militar, sin la colaboración voluntaria de la población, sería limitado. El siguiente pasaje de este autor es ilustrativo a este respecto:

¿Cuál es, pues, la significación «realpolitisch» de la «Kultur»?... La guerra ha aumentado enormemente el prestigio del estado. «El estado, no la nación», lanza el grito de alarma. ¿Es esto razonable? Consideren la dificultad fundamental con la que se enfrentaban los oficia-

les austríacos al tener que superar la dificultad de no poseer en común con sus hombres más de una cincuenta de voces de mando alemanas. ¿Cómo conseguirán hacerse con su compañía en las trincheras? ¿Qué harán ante una circunstancia imprevista que no sea abarcada por dicho vocabulario o en el caso eventual de una derrota? Contemplen, al Este también, el ejército ruso, el mayor del mundo; dos millones de hombres obligados significan bien claramente que el estado puede conseguirlos en gran cantidad, pero no tiene capacidad para captar la *adhesión libre de los individuos*...⁴³

En esto estribaba el significado político de la «Kultur», de la nación. Pero ésta necesitaba también del poder del estado para que su individualidad propia fuese protegida. Aunque Weber reconocía que en el pasado Alemania había conseguido ser una «Kulturvolk» dirigente a pesar de su carencia de poder político⁴⁴, aquellos tiempos habían sido «apolíticos»; las condiciones del estado moderno y las tendencias imperialistas de las grandes potencias hacían que el poder político fuese una protección necesaria. La protección y la promoción de la cultura nacional requerían el apoyo del estado; por tanto, la lucha por el poder, en el sentido de autonomía política, constituía un requisito previo y necesario para la satisfacción de las necesidades peculiares de las agrupaciones nacionales.

Sin embargo, aunque nación y estado coincidían en la mayor parte de los casos, Weber reconocía que no siempre sucedía así, como en el siguiente pasaje de un artículo suyo durante la guerra: «En una frontera política intervienen tres constituyentes racionales: la seguridad militar, los intereses económicos

⁴³ GPS, págs. 164-5.

⁴⁴ GPS, pág. 274.

y la comunidad nacional de cultura; los tres pueden no coincidir exactamente sobre el mapa»⁴⁵. En estos casos se producía inevitablemente un compromiso entre dichos constituyentes. Esto sucedía especialmente en los casos en que una gran potencia, por motivos de seguridad militar, requería tener incorporadas comunidades pequeñas o cuando tal incorporación había tenido lugar hacía ya tiempo, como en el caso de las llevadas a cabo por los imperios ruso y austríaco. En los estados de este tipo se originaban problemas tanto con respecto al mismo estado como a las naciones que lo componían. Tales estados se enfrentaban con el problema, particularmente difícil de resolver en caso de entrar en guerra, de conseguir la colaboración adecuada de las naciones que los integraban. En cambio, el problema que se planteaba a dichas comunidades nacionales era el de mantener su propia singularidad, a pesar de no gozar de la protección de un estado autónomo.

Los artículos escritos por Weber sobre la Rusia de 1905-06 concernían particularmente este último problema; en ellos su autor se mostraba impresionado por la solución que había propuesto Dragomanov y que tenía en cuenta a la vez el mantenimiento de la unidad del estado ruso y el ideal de autonomía cultural de ciertas naciones incluidas en el Reich. Una de las sugerencias que hacía Dragomanov implicaba una organización federal con autogobierno interno —que concernía amplias minorías, en zonas claramente definidas, tales como las de los polacos y los lituanos— y defendía además la autonomía cultural de minorías más pequeñas, es decir, el derecho de utilizar en la enseñanza su propio idioma, pero en tanto que medio de instrucción y no como simple objeto de educación. Lo que impresionaba particularmente a Weber —el pasaje de este autor que insertamos a continuación es un exponente de ello— era el hecho de que Dragomanov combinase sus convicciones en favor de la

⁴⁵ GPS, págs. 169-70.

autonomía cultural con una visión clara de las realidades políticas y económicas:

El defendía la importancia de las culturas nacionales, oponiéndose al carácter fuertemente centralista del movimiento revolucionario ruso y a sus programas exclusivamente económicos, aunque se tratara de nacionalidades que pertenecían a la rama «plebeyas». Insistía en la necesidad «política» de la unidad federal del Reich, en contra del separatismo de los nacionalistas extremistas. Afirmando con los que interpretaban la «legitimidad nacionalista» en el sentido de que las fronteras, cualesquiera que fuesen, eran debidas al azar de las vicisitudes históricas, él se mantenía en su tesis fundamental: la idea de autonomía cultural para cada nación...⁴⁶

Los escritos de Dragomanov impresionaron fuertemente a Weber y ejercieron una influencia clara sobre sus puntos de vista con respecto al problema de acordar las necesidades nacionales con las exigencias del poder político.

La discusión precedente permite afirmar que el estado y la nación, según la concepción weberiana, eran recíprocos e incluso coincidían en la práctica, pero, desde el punto de vista conceptual, pertenecían a categorías diferentes, que este autor contrastaba en sus escritos. Basándose en la distinción precedente, Weber establecía claramente la diferencia que existía también entre los problemas de «staatspolitisch», que concernían el poder y la integridad del estado, y los nacionales o de «kulturpolitisch», planteados por el mantenimiento y la promoción de la individualidad nacional. Los primeros incumbían principalmente a los grupos «staatspolitisch», el ejército y la administración, que eran «los exponentes naturales y primarios

⁴⁶ Archiv, 23B, págs. 267-8.

del anhelo en pro del prestigio del poder, al que orientaban con su propia estructura política», y «los principales portadores del concepto de estado»⁴⁷. Los problemas nacionales, en cambio, concernían los grupos «kulturpolitische» —profesores, escritores, artistas, periodistas, etc.—, que eran los portadores específicos de la cultura y de la idea nación»⁴⁸. Weber se ubicaba a sí mismo más bien en estos últimos grupos que en los mencionados en primer lugar, lo que estaba de acuerdo con su crítica y refutación explícita, al menos en sus trabajos más tardíos, de la tendencia existente en los grupos «staatspolitisch», que les inducía a afanarse por el prestigio del poder como un fin en sí mismo. Según este autor, la «Kultur», la promoción de lo que constituía la individualidad de una comunidad, era uno de los fines principales que permitían considerar como legítimo el ejercicio del poder por el estado.

En el resumen precedente, la teoría weberiana de la idea de nación y de nacionalismo ha sido presentada solamente como un principio, a su nivel general de «tipo-ideal». En la segunda parte del presente capítulo, el nacionalismo de este autor será considerado desde el punto de vista práctico, intentando comprenderlo en función de las consideraciones ya indicadas y mostrando al mismo tiempo la evolución acaecida en el pensamiento weberiano entre sus primeros escritos y los de su madurez.

ALEMANIA CONSIDERADA COMO «MACHTSTAAT»

La concepción weberiana de la nación-estado no ha sido considerada en la primera parte de este capítulo sino a un nivel muy general. En esta segunda parte el problema a tratar será el nacionalismo específicamente alemán de este autor. Según

⁴⁷ WG, pág. 520; ES, pág. 911.

⁴⁸ GPs, pág. 248; WG, pág. 530; ES, pág. 926.

el análisis precedente, aparece de manera suficientemente clara uno de los aspectos de este problema: Weber justificaba la utilización del poder estatal para preservar la peculiaridad de la cultura alemana —tal es el caso en 1890, en que se trata de defenderla del «influjos» de los polacos en la frontera oriental, e igualmente durante la guerra, cuando es amenazada, de forma patente por el «imperialismo» ruso—. Una de las ideas que aparecen de manera característica en los primeros escritos de Weber era la de considerar que el proceso de desarrollo económico implicaba también una gran amenaza para la singularidad nacional, tanto como la que podía suponer un poder militar exterior. El desarrollo del capitalismo y la internacionalización de la actividad económica no solamente no conducían a una situación en que el nacionalismo fuese redundante, sino que más bien hacían que fuera más necesario defender la peculiaridad nacional. Intentemos elucidar esto brevemente mostrando que, según el punto de vista de este autor, el nacionalismo no podía ser considerado como un simple «reflejo» de la actividad económica, aunque la intensidad de dicho fenómeno en la sociedad moderna fuese en parte debida a la evolución capitalista.

Las ideas principales de Weber acerca de la «amenaza polaca» serán ahora expuestas de manera resumida, puesto que ya han sido consideradas con más extensión en el capítulo II. Weber, después de haber llevado a cabo sus trabajos sobre la situación en Prusia Oriental, había llegado a la convicción de que el proceso de desarrollo económico, considerado en sí mismo, suponía una amenaza para la preservación de la cultura alemana en la parte Este. El interés principal de los grandes terratenientes, cuyos latifundios se habían desarrollado en forma de empresa capitalista, era conseguir mano de obra barata, sin tener en cuenta su origen; esta forma de proceder daba lugar a un reemplazamiento progresivo de alemanes por polacos. De ello resultaba que el proceso evolutivo de la economía y los intere-

reses económicos directos de los latifundistas amenazaban los intereses nacionales, ya que éstos consistían, según Weber, en «la preservación de la cultura alemana al Este y en la defensa de nuestra frontera oriental y de la nacionalidad alemana, tanto en la paz como en la guerra»⁴⁹. En el Discurso Inaugural, la idea de que la competición económica podía suponer para la integridad nacional tanto peligro como una guerra aparece claramente expresada:

El conflicto económico internacional prosigue su marcha... bajo la forma de «paz» aparente. Lo que obligaba a los agricultores y jornaleros alemanes del Este a abandonar su suelo nativo no era una lucha abierta contra un enemigo con más poder político, sino un conflicto solapado de la economía cotidiana... No hay paz en la lucha económica por la existencia⁵⁰.

Weber continuaba su exposición arguyendo que era erróneo imaginar que el nacionalismo era anacrónico, porque el desarrollo económico había creado una comunidad internacional; lo que sucedía era lo contrario, es decir, la defensa de los intereses nacionales adquiriría una importancia más vital aún:

La comunidad económica no representa, pues, sino otra forma del conflicto de las naciones entre sí; esta forma no moderna, sino más bien intensifica la lucha por asegurar la «Kultur» propia de cada una⁵¹.

La conclusión a la que Weber llegaba era, como hemos visto, que las miras de la política económica solamente podían ser *nacionales*.

⁴⁹ GASW, pág. 456.

⁵⁰ GPS, pág. 12.

⁵¹ GPS, pág. 14.

Este aspecto del nacionalismo weberiano puede, hasta cierto punto, no resultar problemático; sin embargo, no sucede lo mismo con otros. El nacionalismo de este autor se manifestaba en términos que sobrepasaban claramente los límites de la defensa de la «Kultur» alemana, ya que concenían la posición especial de Alemania como «Machtstaat» (estado-gran-potencia) y la posibilidad que esto implicaba con respecto a la utilización del poder al exterior. Según Weber, Alemania, con la unificación, se había colocado a la altura de las grandes potencias y, por consiguiente, era imposible dejar de tener en cuenta las posibilidades que esto suponía. En un conocido pasaje del *Discurso Inaugural*, este autor expone que si la unificación alemana constituía la conclusión, no el punto de partida, de una «Weltpolitik» alemana, aquélla no podía ser considerada sino como una «aventura pueril».⁵² Este aspecto del nacionalismo de Weber es el más discutido de todos. El problema que plantea puede ser expuesto adecuadamente, teniendo en cuenta el análisis realizado en la primera parte de este capítulo, en los términos siguientes: si las ideas de Weber defendían como un fin en sí mismo más bien la «Kultur» que el estado, ¿cómo podía ser justificado el poder de un estado *expansionista* en función de valores culturales?

El nacionalismo de Weber ha merecido comentarios diferentes de parte de los diversos autores que se han ocupado de estudiar este problema, aunque ninguno de ellos ha dado una respuesta satisfactoria a la pregunta precedente. Wolfgang Mommsen, y más recientemente Christian von Ferber⁵³, opinan que Weber era partidario de la expansión del poder estatal como tal. Von Ferber escribe que, según Weber, la voluntad de utilización de la fuerza física constituía un «valor en sí mismo», una «legitimación del poder»; la «ley del más fuerte» era acep-

⁵² GPS, pág. 23.

⁵³ C. VON FERBER, *Die Gewalt in der Politik* (Stuttgart, 1970).

tada por Weber como justificación de las realizaciones políticas.⁵⁴ Esta interpretación no solamente deja de tener en cuenta el lugar ocupado por la «Kultur» en las ideas de Weber, sino que además menosprecia la insistencia de este autor en que el poder del estado no tiene valor intrínseco como tal, ya que solamente constituye un medio de llevar a cabo realizaciones con respecto a valores exteriores a él.

Hans Bruun sugiere una interpretación diferente: Weber consideraba que Alemania estaba obligada, por la configuración de las relaciones internacionales, a realizar una política de poder. Según Weber, escribe, un estado poderoso «representa un obstáculo y un peligro para el poder de otros estados y puede, por consiguiente, simplemente a causa de esta capacidad *potencial*, desempeñar un rol en los asuntos extranjeros, quedar implicado en las maniobras de política internacional».⁵⁵ Dicho con otras palabras: Weber consideraba, según Bruun, que la realización de una política extranjera poderosa constituía la mejor forma de asegurar la defensa nacional. Esta interpretación, aunque puede encontrar apoyo en ciertos pasajes de los escritos weberianos durante la guerra⁵⁶, en sí misma resulta demasiado insuficiente para explicar la intensidad del nacionalismo de este autor.

En cambio, Raymond Aron tiene más en cuenta el concepto weberiano de «Kultur»: Aron piensa, sin embargo, que Weber acordaba más importancia al prestigio de la cultura alemana que a las cualidades de ésta y que este autor consideraba el poder como un medio para conseguir una difusión más amplia

⁵⁴ *Ibid.*, págs. 53, 68 y 72.

⁵⁵ H. H. BRUUN, *Science, Values and Politics in Max Weber's Methodology* (Copenhague, 1972), pág. 255.

⁵⁶ GPS, págs. 140-1. Puede consultarse a este respecto W.G., pág. 520, ES, pág. 911, en donde Weber trata de la «dinámica del poder» inherente a las relaciones internacionales.

de aquella⁵⁷. Sin duda, las consideraciones de prestigio eran parte integrante del nacionalismo de Weber —aunque quizá «honor» hubiese traducido más adecuadamente la palabra «Ehre», que aparece con frecuencia en sus escritos políticos. Weber deseaba que Alemania pudiese hacer oír su voz en los asuntos mundiales y que las otras potencias la tomaran en consideración, de forma que correspondiese convenientemente a su rango. En este sentido, pues, la responsabilidad de la guerra, según Weber, no era imputable solamente a la falta de adecuación del sistema político alemán, sino también al hecho de que las otras potencias se oponían a aceptar que Alemania ejerciese su derecho a influir en los asuntos mundiales⁵⁸. Constituía un problema de honor, aunque también un riesgo de guerra, escribía Weber, el que Alemania reivindicase «tener una cierta participación en las decisiones futuras sobre los asuntos mundiales»⁵⁹. La frase siguiente, que escribió después de la guerra, expresa la misma convicción: «Con una nación sucede como con los individuos: pueden desdeñar perjuicios causados a sus intereses, pero no los que conciernen su sentido del honor»⁶⁰.

La interpretación precedente, sin embargo, no da tampoco respuesta a la pregunta planteada acerca de la «Kultur». Como más tarde indicaremos, los deseos de Alemania de aumentar su poder al exterior estaban relacionados, según Weber, no solamente con el honor nacional, sino también con las cualidades y con el carácter de la cultura de aquella. El proceso por el que Alemania podría llegar a ejercer un rol político mundial suponía implicaciones importantes que concernían el carácter de su «Kultur» y las cualidades de su vida interna. Según Weber, se trataba de elegir entre dos tipos de sociedad, que dependían res-

⁵⁷ O. STRAMMER, ed., *op. cit.*, págs. 87-8.

⁵⁸ GPS, págs. 112-4.

⁵⁹ GPS, pág. 171.

⁶⁰ «Gegen Frankreichs Anspruch auf Pfalz und Saarbeckens» (documento de archivo n.º 28, Instituto Max Weber, Munich), pág. 36.

pectivamente de que las aspiraciones a cuya realización se pretendiese fueran internas o externas, es decir, de que sus miras se limitasen solamente a los asuntos internos de la nación o de que, por el contrario, tendiesen a desarrollar una conciencia más amplia, en función de acceder a «realizaciones en la política mundial». Este aspecto del nacionalismo de Weber va a ser considerado a continuación, junto con su justificación del imperialismo en el terreno económico, que constituye un componente típico de este período.

El imperialismo en los escritos tempranos de Weber

En el imperialismo de los primeros escritos weberianos existen dos componentes principales. Uno de ellos guarda una relación estrecha con la economía. El imperialismo podría dar solución al problema planteado por la «intensa gravedad» de la situación de las masas y por las reivindicaciones económicas surgidas de las clases trabajadoras en un mundo en que la competición económica era cada vez mayor⁶¹. Los propósitos imperialistas más sobresalientes de Weber están contenidos —esto no es una simple coincidencia— en los discursos pronunciados por este autor en el Congreso Social Protestante, entre los que destaca a este respecto el de 1896, que se ocupaba del problema del desempleo. Este, exponía Weber, no podía ser reducido a un problema simplemente técnico y económico, que requería una reforma de la estructura económica y social (aunque Weber estaba de acuerdo con la necesidad de esta reforma); el problema latente en todo esto era el del exceso de población. Todos los años medio millón de nuevos productores buscaban trabajo, planteando el problema de proporcionárselo. Weber proseguía en estos términos:

⁶¹ GPS, pág. 12.

Necesitamos más espacio exterior, necesitamos aumentar nuestras posibilidades económicas, expansionando nuestros mercados...., lo que actualmente supone un largo camino que depende totalmente de nuestro poder político exterior, en todos los sentidos. Una docena de navíos en las costas asiáticas orientales tiene en ciertos momentos mucho más valor que poder establecer una docena de acuerdos comerciales... Constituye para nosotros un problema vital el que las masas de nuestro pueblo lleguen a la convicción de que la expansión del poder de Alemania es lo único que puede asegurarles un nivel estable de vida y unas posibilidades progresivas de mejora⁶².

Como ya ha sido mencionado, el contexto de tales afirmaciones —y de otras similares contenidas en los discursos pronunciados por Weber en este Congreso en 1895 y en 1897— es significativo. Weber consideraba que el imperialismo era esencial para los fines que se proponía el Movimiento Social Cristiano: promover la condición de la clase trabajadora. El periodo de reforma de la política social del gobierno había terminado de forma repentina en 1895. El imperialismo, en cambio, continuaba ofreciendo una posibilidad de satisfacer las aspiraciones surgidas en las clases trabajadoras, sin intensificar los conflictos internos. Por esto, el imperialismo de Weber había sido aceptado rápidamente por Friedrich Naumann y por otros miembros del Congreso.

De todas formas, Weber defendía la política de expansión externa, aun fuera del contexto del Congreso Social Protestante, justificándola de una forma eminentemente económica, en función, principalmente, de la promoción económica de las clases trabajadoras. En el otoño de 1897, por ejemplo, el *Münchener*

⁶² *Verhandlungen des 7. Evangelisch-sozialen Kongresses* (1896), págs. 122-3.

Allgemeine Zeitung difundió un cuestionario para sondear la opinión pública acerca de la construcción de una flota alemana. Weber pone nuevamente de relieve a este propósito el problema fundamental del enconamiento de los conflictos económicos entre las naciones. Solamente por «optimismo ingenuo», escribía, podía dejarse de reconocer que la expansión comercial era indispensable para las naciones industriales y que, después de un periodo de competición pacífica aparente, se había llegado a una situación «en la que solamente la fuerza puede decidir la parte correspondiente en la conquista económica del mundo y en la extensión de las posibilidades económicas utilizables por cada población, y en especial por sus clases trabajadoras»⁶³.

La expansión de las posibilidades económicas era, pues, una justificación del ejercicio del poder al exterior, pero, al mismo tiempo, constituía también un medio para conseguir éste. La expansión económica era una condición necesaria para acceder al rol de gran potencia⁶⁴, deseable también desde otros puntos de vista más específicamente políticos. En el Discurso Inaugural, Weber, además de considerar que las «realizaciones políticas como gran potencia» de un «Machtstaat» son deseables en sí mismas, llega a conclusiones desfavorables con respecto al espíritu apolítico de los estratos dirigentes alemanes, al compararlo con las «repercusiones de una posición mundial poderosa» —como la disfrutada por Gran Bretaña y por Francia— y expone sus ideas acerca de la «responsabilidad histórica» de su propia generación y de las venideras en cuanto a asegurar un nuevo rol para Alemania en la política mundial⁶⁵. Estas afirmaciones des-

⁶³ La respuesta de Weber al mencionado cuestionario ha aparecido publicada en W. J. MOMMSEN, *op. cit.*, págs. 420-1.

⁶⁴ En este sentido, Weber ensalza, en más de una ocasión, la «motivación de lucro» del capitalismo británico, que contribuía a aumentar su poder político: GPS, pág. 239; GASS, pág. 416.

⁶⁵ GPS, págs. 23-5.

bordan la justificación del imperialismo en términos puramente económicos, concenriendo la posición política de Alemania en sí misma. A este respecto, las implicaciones culturales, ya mencionadas, son dignas de ser tenidas en cuenta. Así como Weber pensaba que la posesión de un poder mayor o menor implicaba posibilidades culturales diferentes, así también creía que el desempeño de un rol en la política mundial ejercía una influencia importante sobre el carácter de la vida y de los valores alemanes.

Esta idea aparece claramente en la aportación de Weber al debate que, sobre el tema «Alemania como estado industrial», tuvo lugar, en 1897, en el Congreso Social Protestante. La posición de Weber consistió en defender que, puesto que nada podía evitar realmente el progreso del capitalismo, el problema de la libertad de comercio era de una importancia primordial para el carácter del desarrollo alemán, tanto cultural y política como económicamente. Dando respuesta al temor expresado porque Alemania, al optar por convertirse en una nación exportadora, asumiese demasiados riesgos, Weber razonaba, en los siguientes términos:

No se trata sino del mismo riesgo que todos los grandes pueblos comerciantes e industriales del pasado, todos los pueblos eminentes por el desarrollo de su cultura, todas las grandes naciones de la historia mundial han asumido en el período de su grandeza. Según mi opinión, nos espera una política no de confort y de facilidades, sino de grandeza nacional; por consiguiente, éste es el riesgo que debemos aceptar, si deseamos conseguir una forma de vida nacional que sea diferente de la de los suizos, por ejemplo.

El que Alemania optara por ignorar esta sollicitación equivaldría, según Weber, a que dijese a sus mejores hijos: «Buscad otra patria; desead paz y tranquilidad.» Con ello, los individuos más valiosos del pueblo alemán se verían forzados a emigrar,

permaneciendo solamente «los renistas indolentes y una masa apática de orientación tradicionalista»⁶⁶.

La parte de exageración que aparece en este discurso revela los valores característicos de Weber en juego. Son los mismos que, en problemas de «Sozialpolitik», le impulsaban a establecer como mira, para los trabajadores de Prusia Oriental, no su felicidad, sino la creación de las condiciones que estimulasen el desarrollo de unas cualidades físicas y espirituales poderosas; no su «bienestar», sino las propiedades «características que condujeran a la grandeza humana»⁶⁷. Son los mismos valores en cuyo nombre Weber exaltaba los riesgos asumidos por el hombre de negocios, al que comparaba con el renista indolente, y la lucha del político con respecto a su responsabilidad personal, que este autor parangonaba con el deseo burocrático de «orden»⁶⁸. En ambos casos, el valor no era imputable solamente a los logros característicos del capitalismo y del político en sus ámbitos respectivos, sino también a las cualidades humanas desarrolladas a lo largo de estas consecuencias. Análogamente, el proceso por el que Alemania podría lograr un rol político mundial produciría, en la vida nacional, cualidades muy diferentes de las que hubieran sido desarrolladas por una política que hubiera estado orientada exclusivamente por consideraciones de «paz y tranquilidad».

En este contexto, existe otro componente del nacionalismo de Weber que es digno de ser comentado. Es evidente que este autor, en todas sus afirmaciones nacionalistas, asigna gran importancia a las tareas («Aufgaben»), a las obligaciones («Pflichten») y a la responsabilidad («Verantwortlichkeit») relacionadas con el problema del poder alemán. En este sentido, Weber

⁶⁶ *Verhandlungen des 8. Evangelisch-sozialen Kongresses* (1897), págs. 108-9.

⁶⁷ Véase la pág. 63.

⁶⁸ Véase la pág. 90.

escribía que Alemania no solamente tenía el «deber» de ser un estado poderoso, sino también la obligación de asumir su responsabilidad ante las generaciones futuras y su provisión económica y ante la historia, con respecto al futuro de la cultura mundial, etc.⁶⁹ «Zwischen zwei Gesetzen», uno de los artículos corrientes de Weber durante la guerra, puede ser considerado como representativo en este sentido. En él escribía que no serían las naciones más pequeñas, tales como Suiza y Dinamarca, sino Alemania, quien tendría que asumir la responsabilidad con respecto a un mundo en trance de ser dividido entre el «gobierno ruso de funcionarios» y las «convenciones de la sociedad anglosajona»:

Porque somos un estado poderoso, podemos, cosa que no pueden hacer los pueblos más pequeños, echar nuestro peso en la balanza de la historia; por esto, descansa sobre nosotros y no sobre aquéllos el peso del deber y de la obligación, con respecto al futuro, de oponernos a los dos poderes que se disputan el dominio completo del mundo. Si renunciásemos a esta obligación, el Reich alemán se convertiría en un lujo expansionista, cuya vanidad sería perjudicial a la cultura... un lujo al que deberíamos renunciar para convertirnos en una pequeña federación de cantones desprovista de poder político... Y para volver a cultivar los valores culturales confortables de un pequeño pueblo, valores que nunca hubieran debido perder su significado en nuestra existencia.⁷⁰

Weber, en este pasaje, pone de relieve la responsabilidad que implica el poder. Es evidente que atribuye al poder una significación ética, pero no se trata del poder en sí mismo, sino de la

⁶⁹ GPS, págs. 12, 24, 140, 171, etc.

⁷⁰ GPS, pág. 140.

responsabilidad que le está asociada. Ambicionar el poder como un fin en sí mismo o ser poderoso y no hacer uso de ello cuando es debido es obrar irresponsablemente; es preferible no tener poder que tenerlo sin «significación»:

El desvío más pernicioso del poder político... es el culto del poder en sí mismo. La «Machtpolitiker» pura, exaltada a veces por nosotros con una adoración apasionada, puede conducir al poder, pero el resultado carece de significado y no conduce a ninguna parte. En este sentido, los que critican la «política de poder» tienen toda la razón.⁷¹

Pero, por otro lado, el poder, en tanto que posibilidad de influir sobre el futuro, y la conciencia de responsabilidad moral que implica tienen una significación que no solamente es ética, sino también cultural, ya que la conciencia de una nación que «tiene en sus manos una fibra nerviosa de acontecimientos históricos importante»⁷² no puede sino poseer valores diferentes de los «pacíficos», cultivados por los estados más pequeños.

La pregunta que habíamos formulado acerca de la relación entre el poder de Alemania al exterior y su «Kultur» puede ser contestada ya en la forma siguiente: lo que Weber consideraba importante no era el poder político en sí mismo, sino más bien las cualidades de la vida nacional, que estaban asociadas al desempeño de un rol «político mundial», y la significación cultural y ética ligada, según este autor, al ejercicio de la responsabilidad ante el hecho de tener que utilizar este poder con respecto al futuro. Podría argüirse que los que hablan de «deberes» relacionados con el poder son más peligrosos que los que ambicionan

⁷¹ GPS, pág. 535; GM, pág. 116.

⁷² GPS, pág. 533; GM, pág. 115.

el poder en sí mismo. Sin embargo, aunque Weber propone una legitimación cultural y ética del rol político mundial de Alemania, una ideología del nacionalismo, los mismos conceptos de «Kultur» y de «Verantwortlichkeit» limitan el ejercicio legítimo del poder inherente a dicho rol. Esto será elucidado a continuación, al considerar el cambio en la actitud de Weber con respecto al imperalismo, que aparece manifiestamente al comparar sus primeros escritos con los que elaboró durante la guerra.

Los cometidos de Alemania en la primera guerra mundial

La mayor parte de los comentaristas de Weber, que discuten el componente nacionalista de su pensamiento político, consideran sus escritos durante la guerra como si fueran una continuación normal de sus primeros escritos, como si, después de un intervalo de descanso, el nacionalismo del Discurso Inaugural volviese con un vigor renovado por el desencadenamiento de la guerra. Esta opinión es errónea: no tiene en cuenta que el carácter del nacionalismo de Weber ya es diferente en este período. La guerra, que Weber consideraba una desgracia y al mismo tiempo una ostentación, le había dado motivo para criticar fuertemente «la política de vanidad nacional», que había contribuido a desencadenarla.⁷⁴ Ahora, su entusiasmo por el imperialismo es ya mucho menos marcado que en sus primeros escritos. La razón principal de este cambio estriba en las consecuencias políticas perjudiciales que, en opinión de Weber, se habían producido desde que Alemania había conseguido iniciar su política colonial externa. Las posesiones coloniales alemanas eran modestas; sin embargo, lo mismo que la construcción de la Flota alemana, habían sido logrados oponiéndose a enormes

⁷⁴ GPS, págs. 125, 154-5, etc.

protestas: «como si Alemania hubiera intentado tragarse la mitad del mundo»⁷⁴. La consecuencia principal de esta situación había sido la intensificación de los conflictos internacionales y la consolidación de una coalición mundial contra Alemania. La seguridad que esta nación necesitaba en su comercio mundial y en las áreas de influencia ultramarina hubiera debido ser lograda por medio de acuerdos comerciales en vez de por el desarrollo de una política de expansión colonial acompañada de jactancias militares. «Existen aún fuertes intereses alemanes en Oriente», escribía Weber en 1905, pero quedarían mejor garantizados por convenios de ayuda mutua que por «una política de auto-ostentación descarada y entremetidas»⁷⁵.

A pesar de que Weber admite el fracaso de la política alemana de la preguerra (política que había defendido en los años 1890 y siguientes), sus escritos durante la guerra son tan citados como los primeros que elaboró, en tanto que pruebas de su nacionalismo expansionista. Así, por ejemplo, el pasaje en el que Weber expone que Alemania tiene la «responsabilidad de decidir el futuro de la cultura mundial», para impedir que el mundo sea dividido entre la «burocracia rusa» y las «convenciones de la sociedad anglosajona»⁷⁶ es interpretado como prueba de su deseo de que Alemania entrase en competición con otros países, para que el poder de ésta pudiera extenderse bajo la forma de imperialismo cultural. Sin embargo, estos razonamientos de Weber deben ser juzgados e interpretados en función de las miras políticas nacionales defendidas por este autor durante la guerra. Existe, además, un hecho importante, con respecto a ellas, que nos parece necesario resaltar: si la meta propuesta por Weber hubiera sido la extensión del poder de Alemania y del prestigio que de éste dimanaría, cabría esperar que este autor hubiese insis-

⁷⁴ GPS, págs. 111, 129 y 154-5.

⁷⁵ GPS, pág. 125.

⁷⁶ GPS, págs. 140 y 171.

tido en ello cuando Alemania logró las máximas conquistas territoriales y parecía que estaba ganando la guerra. Sin embargo, fue precisamente en este momento en el que Weber criticó con más dureza la política del gobierno, incluida la política militar, y la definición de los motivos bélicos, que era aceptada por la mayoría de sus compatriotas. En sus escritos de 1916-17 exponía su crítica del gobierno y daba su propia evaluación de las miras de la guerra, repitiendo dos distinciones importantes que no han sido tenidas en cuenta adecuadamente por los comentaristas. Estas dos distinciones establecidas por Weber eran: entre poder militar e influencia política y entre imperialismo y prestigio culturales; de ellas vamos a ocuparnos a continuación, sucesivamente.

Weber, en estos escritos de 1916-17 insistía en que la posibilidad de establecer alianzas con otras grandes potencias tenía mucha más importancia, para la futura influencia política alemana, que las anexiones territoriales o que las ostentaciones externas de poder militar⁷⁷. Estas últimas, en vez de consolidar su poder, lo debilitaban. La dificultad principal con la que se enfrentaba la posición de Alemania antes de la guerra consistía en que toda iniciativa suya en asuntos externos «tropezaba con una coalición de poderes mundiales» dirigida contra ella. Esta coalición «antinatural» era consecuencia del mismo poder militar alemán. La ocupación de Alsacia y Lorena había dado lugar a que Francia se convirtiese en un enemigo permanente⁷⁸. La consunción de la flota constituía una provocación directa para Gran Bretaña⁷⁹. Toda política bélica de anexión territorial en Europa equivaldría simplemente a repetir el mismo error y solamente podría contribuir a perpetuar la debilidad política alemana. Weber calificaba los propósitos de anexión de Bélgica de «in-

⁷⁷ GPS, págs. 127, 135 y 156-7.

⁷⁸ GPS, pág. 128.

⁷⁹ GPS, pág. 112.

creble demencia» e impugnaba todos los razonamientos bélicos cuya justificación estaba fundamentada exclusivamente en la anexión territorial⁸⁰.

Este autor consideraba, por el contrario, que las miras bélicas debían ser encaminadas a lograr convenios que permitiesen que Alemania superase la situación asfixiante de alianzas hostiles que había precedido la guerra y que le permitiesen ejercer su influencia sobre la política extranjera. Estas miras de «Wahlrecht» con respecto a la política extranjera futura debían determinar la política bélica a seguir por Alemania en Occidente, en el sentido de lograr su seguridad militar, de renunciar a las anexiones territoriales y, sobre todo, de lograr un convenio que hiciese posible separar Inglaterra y Francia de Rusia y de todas las demás naciones. «Podemos defendernos por nuestros propios medios *contra* un mundo de enemigos —escribía Weber—, pero carecemos de toda influencia *dentro* de él» («in der Welt mitreden nicht»)⁸¹.

Weber, en su Discurso Inaugural, en 1895, había insistido en que los conflictos internacionales eran tan perniciosos en paz como en guerra y en que, en ambos casos, requerían métodos similares de defensa nacional; sus escritos durante la guerra, por el contrario, se caracterizaban por la insistencia en establecer la distinción entre la fuerza y la política en tanto que instrumentos adecuados, respectivamente, a la guerra y a la paz. «El ejército hace la guerra..., los políticos hacen la paz», escribía en 1915. «Esto implica, además de considerar las necesidades militares propias, reconocer que, terminada la guerra, los intereses nacionales... solamente podrán y deberán ser garantizados por medios políticos pacíficos. Una paz que asegurase simplemente que Alemania podía disponer de un territorio europeo exiguo carecería del componente político que es esencial y necesario para ase-

⁸⁰ GPS, págs. 117, 131 y 156.

⁸¹ GPS, pág. 157.

gurar el futuro de los intereses y de la influencia mundial de Alemania»⁸².

La ruptura de Weber con las ideas de sus primeros escritos es, pues, clara. Este autor continuaba manteniendo sus convicciones acerca del valor del rol político mundial de Alemania y de la expansión del capitalismo alemán, pero reconocía que estos fines estarían asegurados de una forma más eficaz por alianzas políticas que por jactancias militares y por «una docena de navíos en la costa oriental asiática». Esto indica que, contrariamente a lo que afirman algunos de los críticos de Weber, este autor no consideraba el poder militar como un fin en sí mismo; en realidad, este cambio en sus ideas le condujo a reconocer las limitaciones del poder, incluso como *instrumento* político. Este reconocimiento aparece igualmente en la otra distinción, entre imperialismo y prestigio culturales, establecida también por Weber en sus escritos de este período y que pasamos a considerar a continuación.

Las miras alemanas en el Este eran definidas por Weber en términos culturales. Esto implicaba que debía ser contenida la amenaza que el imperialismo ruso representaba no solamente para el estado y la nación alemanes, sino también para la autonomía de las otras culturas de Europa Oriental⁸³. Weber consideraba que Rusia era un poder imperialista típico, cuya tendencia a la expansión era debida a una combinación de elementos que formaban parte de la sociedad rusa: el deseo de tierra de los campesinos, el ansia de poder de la burocracia y el imperialismo cultural de la *intelligentsia*, que, «demasiado débil para asegurar aun los más elementales deseos de orden constitucional y de garantía de libertades en la nación...», encontraba alivio a su amor propio lastimado, sirviendo una política expansionista que se ocultaba bajo frases doctas y alisonantes»⁸⁴. Cabía temer, pues,

⁸² GPS, págs. 124.

⁸³ GPS, págs. 164.

⁸⁴ GPS, págs. 122-3.

que la misma política de supremacía cultural, que ya había sido seguida por el estado ruso, con respecto a sus naciones minoritarias, podría extenderse a otras que cayeran dentro de su campo de acción.

El cometido que correspondía a Alemania consistía en oponerse a este imperialismo cultural no para proponerse a sí mismo como una alternativa en la dominación cultural, sino, por el contrario, para utilizar su poder en garantizar la autonomía de las naciones más pequeñas. Weber juzgaba que Alemania podía presentarse a sí misma como patrocinadora de dicha autodeterminación nacional, de una forma mucho más convincente que alguno de sus enemigos, responsable de haber sojuzgado 350 millones de extranjeros, que ahora «eran explotados, siendo utilizados como carne de cañón»⁸⁵. El hecho de que tal principio fuese adoptado aumentaría por sí mismo el prestigio de la cultura alemana, tan diferente del imperialismo cultural de sus enemigos. Esta diferencia queda expuesta de manera muy clara en el pasaje siguiente:

Un estado no debe ser un «estado nacional», en el sentido de sentirse concernido únicamente por los intereses de la nacionalidad propia dominante. Si los intereses del estado son comprendidos adecuadamente, su propia nacionalidad dominante puede también resultar beneficiada sirviendo los intereses culturales de otras nacionalidades. En función de los cambios experimentados en las necesidades, el interés cultural actual de la nacionalidad alemana implica también intentar que nuestro estado tome cada vez más a su cargo tal tarea. En consecuencia, obligado por nuestro ejemplo, el estado ruso podría ser inducido a garantizar a sus pueblos extranjeros las medidas de autonomía cultural sobre las que Dragomanov y otros políticos de

⁸⁵ GPS, págs. 169-70.

ideología análoga fundamentaban, hace ya una cincuentena de años, sus programas de reforma. El poder de este estado no se debilitaría por ello, y en cambio las presiones expansionistas de su burocracia y los mitos unilaterales en favor de una Rusia mayor podrían disminuir⁸⁶.

La política alemana con respecto a los polacos constituía el campo de acción principal de este «cometido cultural». En «Alemania y las potencias mundiales europeas», Weber exponía que esta nación estaba en posición de poder ofrecer a los polacos de Prusia y al Congreso Polaco incluso un estado independiente, aliado a Alemania y con pleno autogobierno, es decir, más de lo que habían solicitado en 1905. A su vez, la seguridad de su frontera noreste debería ser garantizada por Alemania contra la amenaza rusa. En realidad, el problema planteado por los polacos en los años 1890 y siguientes había resultado ser muy diferente de una competición entre naciones por la importación de mano de obra barata; en el fondo, el problema del que se trataba era el de la autonomía cultural de los polacos como nación; además, como Weber repetía con frecuencia, incluso los polacos del territorio prusiano habían desarrollado últimamente unas preocupaciones culturales y una solidaridad nacional de las que antes carecían. Por esto, Weber —aunque admitía tener la reputación de ser enemigo de ayudar a los polacos— juzgaba que la política que Prusia realizaba con respecto al idioma de sus polacos estaba en contradicción con los intereses del Reich alemán por asegurar la autonomía de los polacos fuera del territorio alemán, la cual, según este autor, constituía un objetivo bélico fundamental con relación al Este⁸⁷.

Las afirmaciones de Weber acerca de la «responsabilidad en el futuro mundial» de Alemania deben ser examinadas en fun-

⁸⁶ GPS, págs. 125-6.

⁸⁷ GPS, págs. 167-9, 121-2 y 173-8.

ción de esta manera de definir los «cometidos culturales» alemanes. Evitar que el mundo fuese dominado por la burocracia rusa y por las convenciones anglosajonas (con algunos componentes de «derechos» latinos) no significaba intentar rivalizar con las diversas formas de estos imperialismos culturales, sino procurar asegurar a las culturas menos difundidas un margen de autonomía, en contra de la supremacía de aquéllas. La independencia de las naciones pequeñas con respecto a los estados poderosos solamente podía estar garantizada por la tensión existente entre éstos. Alemania, en este sentido, tenía el deber de ser un «Machtstaat»:

Las pequeñas naciones que nos rodean viven amparándose en nuestro poder. ¿Qué sería de la independencia de los escandinavos, de los holandeses y de la población de Ticino si Rusia, Francia, Inglaterra e Italia no tuvieran que respetar nuestros ejércitos? El equilibrio de las grandes potencias entre sí constituye la única garantía de la libertad de los estados pequeños⁸⁸.

La crítica del imperialismo cultural contenida en estos escritos muestra que Weber no creía simplemente que el prestigio de una cultura nacional dependiera de la mera extensión de su poder. El prestigio que podía derivarse para Alemania de la política cultural a realizar en el Este no resultaría del poder como tal, sino más bien del procedimiento utilizado y de las intenciones que lo motivasen. Podría arguirse que lo que precede no es sino una simple racionalización plausible de la implicación alemana en la guerra; sin embargo, esto significaría ignorar la distinción fundamental que Weber establecía entre el poder y su utilización y dejaría sin explicar la oposición, implícita en la condenación, de este autor a la anexión territorial y a la política con

⁸⁸ GPS, págs. 171-2.

los polacos en los momentos de los mayores éxitos militares de Alemania. Esta oposición puede ser explicada, en cambio, teniendo en cuenta el concepto weberiano de «Kultur» —en el que se apoyaban las convicciones de este autor con respecto a la nación como fin y que tenía una significación más general que la mera «Kultur» alemana— y la noción ética de «responsabilidad», que, según Weber, aunque podía justificar el poder del «Machtstaat», fijaba también límites al ejercicio legítimo de este poder.

Quienes consideran el nacionalismo de Weber durante la guerra como una simple prolongación del nacionalismo de sus primeros escritos menosprecian, pues, dos ideas evolutivas que forman parte del pensamiento político de este autor: su crítica de la política extranjera alemana antes de la guerra —de la «política de vanidad nacional», que contribuyó al desencadenamiento de la guerra— y su concepción, expuesta en sus estudios sobre Rusia, en 1905-06, acerca de la situación de las minorías nacionales y de la manera de poder preservar la singularidad cultural de las naciones más pequeñas, en contra del engrandecimiento de las más poderosas; a partir de entonces, Weber acuerda al concepto de cultura nacional una importancia más universal, que aparece ya, de forma manifiesta, en 1908, en su crítica de las actitudes prusianas hacia los polacos.⁸⁹

Esto no significa negar que Weber tuviese una predilección emotiva por la nación alemana ni que participase de los prejuicios nacionales, principalmente con respecto a Rusia. Al final de la guerra, después de la derrota alemana, escribió a Ferdinand Tönnies que nunca había sentido tan claramente que era «un don del destino haber nacido en Alemania»; en otra carta le escribía que, al menos, le quedaba a Alemania la gloria de haber librado al mundo de la dominación rusa:

Se acabó ya lo del rol político mundial de Alemania: la dominación anglosajona sobre el mundo... es un hecho.

⁸⁹ *Lebensbild*, pág. 406.

Aunque esto es muy desagradable, hemos podido evitar algo mucho peor: ¡el knut ruso! Este mérito nos corresponde. La supremacía americana era tan irresistible como la de la Antigua Roma después de las Guerras Púnicas. Solamente nos queda la esperanza de que nunca la compartan con los rusos.⁹⁰

No se trata de negar las evidencias que preceden. Sin embargo, consideramos erróneo que los deseos de Weber, con respecto al rol político mundial de Alemania, sean interpretados en el sentido de implicar ansia de poder y de engrandecimiento, como un fin en sí mismo, y que las convicciones nacionalistas de este autor sean reducidas simplemente a la «Gefühlspolitik» (política emotiva), que tanto criticaba. En cambio, nos parecería adecuado que el pensamiento político de Weber, en este contexto, fuera interpretado en función de las conclusiones a las que este autor llegaba en sus trabajos, más tardíos, sobre las religiones del mundo: las ideas utilizadas para justificar y dar significación a una forma particular de vivir fijan también los límites a las formas de comportamiento que resultan posibles con respecto a ellas.

Este análisis de las relaciones que, según la concepción weberiana, existen entre el poder y la «Kultur» ayuda a elucidar el sentido en que el nacionalismo de este autor puede ser considerado como exponente de valores burgueses. No obstante, afirmar que Weber era partidario de la extensión del poder estatal como un fin en sí mismo no solamente constituye una interpretación falsa, como ya hemos indicado, sino también un impedimento total para la inteligibilidad del pensamiento político de este autor con respecto a sus demás valores. En realidad, Weber no manifiesta la ambición, característicamente burguesa, por el poder en sí mismo. (El hecho de que las ideas de este autor fueran utilizadas para justificar esta ambición no nos incumbe por el momento).

⁹⁰ GPS, 1.ª ed., págs. 483-5.

No obstante, tanto la limitación de los valores culturales al contexto nacional (sea el alemán o no lo sea) como las cualidades particulares de la vida nacional que Weber asociaba a las aspiraciones a un rol político mundial tienen un origen común, el carácter de la sociedad burguesa, como expone el profesor Francis:

Es difícil evitar de concluir que Weber estaba limitado por las formas de pensar típicas de la época burguesa, a la que pertenece no solamente el concepto de «Kulturmission», sino también la idolatría con la que la burguesía se proponía la cultura nacional como valor supremo⁹¹.

La sección final de este capítulo se ocupará de considerar este carácter «burgués» del nacionalismo de Weber.

NACIONALISMO Y PROLETARIADO

La presente exposición del nacionalismo de Weber será completada a continuación, considerando brevemente su significación con respecto a la política interna. Esto implicará un anticipo de la discusión de su teoría de la sociedad, de la que nos ocuparemos en capítulos ulteriores. Como entonces veremos, Weber consideraba que el fenómeno de los intereses de clases y de los conflictos entre ellas constituía un aspecto importante de la política moderna. En este contexto, la importancia de la idea de nación y de una política marcadamente nacional se debía a que favorecía la unidad social, necesaria para la consecución de un rol político mundial⁹². La «idea de nación» implicaba una conciencia común que sobrepasaba la de las clases; podía servir, en particular, para conseguir que la clase obrera abando-

⁹¹ ENGISCH, PRISTER Y WINCKELMANN, eds., *op. cit.*, págs. 97-8.

⁹² GPS, págs. 23-4.

nara su actitud de oposición total al orden social existente. Weber juzgaba que, aunque la situación económica del proletariado fomentaba actitudes que eran hostiles a la unidad social, implicaba también intereses comunes con la expansión económica en ultramar y con la posibilidad de existencia de una conciencia común para el conjunto total de la nación alemana. La «educación política», según exponía este autor en el Discurso Inaugural, permitiría favorecer estos últimos aspectos a expensas del primero⁹³.

En esta exposición de las ideas de Weber está contenida, implícitamente, la idea de que toda la sociedad no participaba por igual en la aceptación consciente de la idea de nación. Ciertos grupos sociales poseían motivaciones particulares en ese sentido: el ejército y la burocracia tenían interés por extender su poder y su prestigio; los estratos culturales, por preservar y desarrollar el carácter de la cultura nacional, y las clases propietarias, por aumentar los beneficios con el comercio de ultramar y con la colonización⁹⁴. Tales intereses no eran compartidos, al menos en el presente, por el proletariado. La situación de esta clase, que se oponía a los grupos privilegiados mencionados, motivaba en ella una actitud de indiferencia, en el mejor de los casos, hacia la idea nacional, especialmente con respecto a sus manifestaciones imperialistas. Esto no significaba que la clase obrera no pudiera llegar a ser partidaria ferviente del nacionalismo; sin embargo, para que esto pudiera suceder, sería necesario que sus miembros fuesen liberados de las miras que derivaban de su situación inmediata.

Weber pensaba además —en cuanto al aspecto económico del nacionalismo, cuya manifestación más extrema era el impe-

⁹³ *Ibid.*

⁹⁴ Con respecto a lo que se expone a continuación, pueden ser consultadas las secciones tituladas «Machtprestige und 'Grossmächte'» y «Die wirtschaftlichen Grundlagen des 'Imperialismus'»: W/G, págs. 520-527; ES, págs. 910-20.

rialismo— que las circunstancias presentes del conflicto de clases tendían a inducir actitudes pacifistas en el proletariado: éste generalmente no mostraba interés por su participación forzada a la explotación de los territorios extranjeros colonizados»⁹⁵. Las ventajas de la colonización no eran comprendidas inmediatamente por las masas modernas, a diferencia de lo que había sucedido en la antigua Atenas, en donde el tributo colonial era distribuido directamente entre el pueblo. Aunque la existencia real de tales ventajas no dejaba lugar a dudas—dados los efectos que se ocasionarían en el empleo, si los mercados de ultramar llegaban a perderse—, la situación del conflicto de clases impedía que fuesen percibidas claramente. Por esto era necesario lograr que el proletariado, a pesar de su situación de clase, llegase a comprender la importancia del nacionalismo.

Weber expuso a menudo, en sus primeros escritos y discursos, la importancia de esta necesidad⁹⁶. A este respecto, el apoyo que la clase obrera inglesa proporcionaba al imperialismo era una prueba, según este autor, de su madurez política, de su capacidad para ver, más allá de sus narices, donde estaban sus propios intereses; los apoyaban porque comprendían que no podrían mantener su nivel de vida durante mucho tiempo, si el poder exterior de la nación disminuía. «Estas necesidades—proseguía Weber— serán proyectadas también fuera de la patria por nuestro proleta-

⁹⁵ WG, págs. 526-7; ES, págs. 919-20. Weber consideraba que esto no era sino una «consecuencia natural de la correspondiente situación de clase».

⁹⁶ Esta misma idea aparece expuesta igualmente en otros escritos suyos más tardíos, como, por ejemplo, en GPS, pág. 239: «A pesar de toda la oposición social que existe entre los obreros y los hombres de negocios, sus intereses son idénticos en cuanto al aspecto que es decisivo: el de la racionalización económica; a su vez, estos intereses coinciden también con los intereses políticos por mantener la posición mundial de la nación y, en esto y en el aspecto anterior, se oponen a los intereses de todos los que disfrutan de 'seguridad en el nivel de vida' y a los de sus consocios en la estagnación económica.»

riado»⁹⁷. No obstante, la clase obrera alemana se diferenciaba grandemente de la inglesa, ya que mantenía una mentalidad de «pequeña burguesía», que Weber definía en los siguientes términos:

Carencia de motivaciones para elevar la nación al rango de gran potencia, limitación de las miras políticas a fines materiales e incluso a los intereses de su propia generación y falta total de sentido de la responsabilidad hacia el futuro⁹⁸.

Weber, comentando esta situación, se limitaba a expresar su confianza en que esta mentalidad sería superada y en que sería posible, en el futuro, «imponer las manos sobre las cabezas de la pequeña burguesía, en favor de un movimiento proletario que, a este respecto, pensase con más amplitud que actualmente».

En el Discurso Inaugural Weber manifestaba también estos mismos sentimientos, diciendo que el proletariado alemán tenía el carácter de una «pequeña burguesía sin educación política». En cambio, añadía, si consideramos la situación de Gran Bretaña y de Francia, se observa claramente que—dejando aparte la función educativa desempeñada por los sindicatos en los problemas económicos— el factor principal que contribuye a la madurez política de las clases obreras es, en estas naciones, «la repercusión de su poderosa posición mundial, que obliga al estado a enfrentarse continuamente con cometidos políticos de gran importancia e implica a los individuos en una educación política constante, en una situación que no surge entre nosotros sino cuando las fronteras están amenazadas»⁹⁹.

⁹⁷ *Verhandlungen des 5. Evangelisch-sozialen Kongresses* (1894), páginas 81-2. «El proletariado, si piensa en el futuro, es quien debe tener el mayor interés por el poder de la nación-estado.»

⁹⁸ *Ibid.*

⁹⁹ GPS, pág. 23.

La clase obrera podría, pues, abandonar sus limitadas miras de clase si conseguía llegar a apreciar adecuadamente la idea de nación en sus aspectos político y económico. Sin embargo —y de ello vamos a ocuparnos a continuación—, la afirmación precedente podía ser aplicada también al aspecto cultural. Las masas están «logrando participar de la cultura», escribía Weber, pero, comentaba, participan de algo que les es suministrado más bien que de algo que dimane de su propia situación¹⁰⁰. Los valores culturales de los que podrían participar con la difusión de la literatura, por ejemplo, no serían sino específicamente nacionales. La actitud de Weber con respecto a la posibilidad de una cultura autónoma de la clase obrera era, en realidad, ambivalente.

En el debate que, sobre el tema «Technik und Kultur», tuvo lugar en la primera reunión de la Asociación Alemana de Sociología, en 1910, Weber hacía el comentario de que habían quedado sin ser realizadas, en el movimiento proletario moderno, las esperanzas basadas en que lograría crear «valores completamente nuevos, fuera del mundo burgués y en todos los terrenos». Había que confesar, decía, que tales esperanzas se habían frustrado, sobre todo en los dominios del arte y de la literatura¹⁰¹. No obstante, Weber encomiaba, aunque se trataba de algo diferente, la camaradería y solidaridad del movimiento sindical, en tanto que «valor cultural», principalmente, porque aquéllas establecían una gran diferencia con respecto al tipo de relaciones que los obreros tenían que soportar en sus puestos de trabajo¹⁰². Esto debe ser interpretado, sin embargo, dentro del contexto general de la apreciación weberiana de los sindicatos como organizaciones que cumplían, entre otras, la labor primordial de conducir la clase obrera, para que aceptase el orden social existente. Esta

¹⁰⁰ GASS, pág. 485.

¹⁰¹ GASS, págs. 452-3.

¹⁰² «Rundschreiben», pág. 2.

apreciación aparece de una forma totalmente evidente en sus escritos durante la guerra, en los que hacía resaltar que esta «camaradería» constituía un elemento esencial para asegurar la disciplina de las masas, poniendo, además, de relieve la función que realizaban los dirigentes sindicales, para que la clase obrera confiara en la política nacional¹⁰³. El pasaje siguiente, en el que Weber defiende la autonomía sindical, muestra claramente que este autor consideraba que el «valor cultural» de la clase obrera debía ser juzgado desde un punto de vista nacional:

Un estado que pretende basar el espíritu de sus tropas en sentimientos de honor y de camaradería no puede ignorar que son precisamente estos sentimientos los que, en la lucha cotidiana de los trabajadores, proporcionan la única fuerza moral decisiva para educar las masas, la única, pues, que éstas permitirían desarrollar libremente. Esto, desde un punto de vista puramente político, era lo que se proponía, exclusivamente, la «socialdemocracia», en un período en que debía continuar siendo aún capitalista durante largo tiempo¹⁰⁴.

Las instituciones de la clase obrera tenían que ser juzgadas, según el punto de vista totalmente peculiar de Weber, en función de la capacidad de aquélla para hacer surgir y para mantener la compleja entidad de la «Kultur»: esto —y no los valores de justicia social o de bienestar material— constituía la base de la consideración decisiva. Pero esta evaluación se caracterizaba también porque el criterio utilizado por Weber para juzgar un valor «cultural» dependía a su vez de la cultura nacional y de clase de este autor. Prueba de ello es el hecho de que, cuando estas mismas cualidades de camaradería y de disciplina eran

¹⁰³ GPS, pág. 293.

¹⁰⁴ GPS, pág. 306.

ejercidas de forma que se oponía al orden capitalista, eran calificadas por Weber con términos mucho menos encomiásticos¹⁰⁵.

El nacionalismo de Weber expresaba, pues, miras burguesas no solamente por la relación estrecha que este autor establecía entre la «Kultur» y la solidaridad nacional, sino también por el rol consciente que atribuía a la primera en el conflicto de clases. Aunque es evidente que Weber no identificaba simplemente los intereses nacionales con los inmediatos de su clase y, mucho menos, con los de ésta en circunstancias determinadas, pensaba, sin embargo —como puede apreciarse en ciertos discursos suyos, especialmente en el titulado «Deutschland als Industriestaat»—, que existía una conexión estrecha entre el rol político mundial de la nación alemana y la expansión de su capitalismo, en el sentido tanto de una interdependencia mutua como de una justificación similar en función de la fuerza que ambos proporcionarían a la vida nacional. Además, la concepción weberiana del «honor» de la nación alemana y de su «deber» como gran potencia formaban parte de un ideal nacional, que era considerado conscientemente por este autor como un instrumento para la educación política de la clase obrera, para conseguir que ésta pudiera llegar a cambiar su mentalidad. Finalmente, incluso los valores distintivos de la clase obrera —su solidaridad y su camaradería— podían ser considerados, según este autor, como medios de disciplina y de defensa nacionales.

Este problema de las clases en la teoría weberiana constituirá —no solamente en tanto que objeto de las miras de este autor, sino también como una realidad fundamental de sus análisis empíricos— el tema a tratar en los capítulos siguientes.

¹⁰⁵ Véase la pág. 303.

SOCIEDAD, CLASES Y ESTADO EN ALEMANIA

Los capítulos precedentes han sido dedicados, sobre todo, a considerar los aspectos políticos de la teoría weberiana —la burocracia, el gobierno parlamentario y la nación y el nacionalismo— exponiéndolos de forma que apareciesen ampliamente abstraídos de la teoría de la sociedad de este autor. Aunque este procedimiento presenta la ventaja de que el análisis y la discusión de cada uno de ellos pueden ser realizados por separado, no significa, sin embargo, que Weber considerase que la política era independiente de la sociedad. Los valores políticos, liberales o nacionales, por los que Weber luchaba —y aun el sistema parlamentario de gobierno—, no solamente planteaban el problema de la designación de las instituciones y de la política apropiadas, sino también el de la identificación del conjunto complejo de fuerzas sociales —y de las clases en particular— que mantenían la estructura existente y el de la evaluación de las posibilidades de cambio de esta base social de apoyo. En realidad, la mayor parte de los trabajos de Weber dedicados a la política contemporánea se ocupan de estudiar la interacción de lo social y lo político y la significación política de la estructura y actitudes de las clases, más bien que de problemas meramente constitucionales. En el presente capítulo y en el siguiente serán considerados los trabajos de Weber que tratan de las relaciones entre la sociedad y el estado, respectivamente, en Alemania y